

Tema: Poemas

POEMAS DEL LIBRO "EL INVIERNO DE LA NOVIA".

Texto y fotos: Manuel González Busto



LA TRISTEZA ES UNA GAVIOTA.

Claveles al ángel y geranios al jardín.

La tristeza es una gaviota: no le cortes las alas, no le cierres la puerta, no la maldigas.

La tristeza es también un silencio dormido, un alma desolada, un festejo que solo celebran los auténticos cuando piden una esperanza nueva, una estrella en el iris, un cuerpo no tan oro como piel, una lluvia no tan lunes como sueño, un Cristo no tan perla como lirio.

Si alguien te dice que la tristeza es el mar, si alguien te dice que airoso escribe cirios, si alguien te jura que nunca ha estado triste, e intenta con desaires matar a la gaviota, pídele a Dios que sobrevuele, pídele a Dios que con sus lágrimas desborde una canción, una ciudad sin puertos, un jardín sin ventanas.

La tristeza es un ángel: mágialo.

La tristeza es un reloj: enciéndelo.

La tristeza es el trono: cífielo.

Quieren confundirte: no los oigas.

Quieren desterrarte: escríbele una oda, aunque bien sepamos que la tristeza no es un himno ni una isla ni una historia ni muchísimo menos la tristeza. Cierta vez quise no ser el ángel.

Cierta vez quise no ser el arpa.

Cierta vez quise no ser un hombre esquirla, un hombre álamo, un hombre tarde, y se me olvidó que te olvidé a mí que nada se me olvida.

Y la gaviota lloró.

Y la gaviota abrióse como una novia, como una balada, como esos atardeceres que solo saben mentir perdón como esos novios que no saben mirar, que no saben decir:

La gaviota se deshoja, ay, la gaviota se muere y nadie llora y nadie escribe un poema y nadie se arranca el alma para que la novia tenga una esperanza nueva, un zafiro en el iris, un cuerpo no tan nieve como luna, una lluvia no tan isla como duende, un Cristo no tan rosa como idilio.

Por eso, cuando alguien te diga que odia a la gaviota, que quiere desterrarla como quien jura y miente, no le pidas a Dios que lo castigue, pídele, simplemente, que ame a la gaviota.

Nomeolvides al ángel y geranios al jardín: ni un himno ni una isla ni siquiera una historia la novia y el novio.



HAY SORTIJAS EN EL MAR

Dalias a la novia y pasodobles al novio.

La noche en que apenas el farolero pudo cenar, así le dijo a la reina: Mi casa es un laberinto, un candado enorme, una tarde sin mar, un cuerpo sin memoria, una puerta sin tiempo.

Mi casa pregunta: ¿Cuánto ganaré hoy? ¿10, 15, 20 pesos?

Mi casa suspira: Ah, si ganara para una libra.

¿Y el jabón: ese trozo de luna que nos perfuma el alma y madre tanto necesita?

¿Y la espuma para que los dientes dancen como estrellas hiladas por un duende lunar?

¿Y la novia para que el poeta escriba?

¿Y el poeta para que la novia bese, para que la novia duerma, para que la novia viaje iris cielos, iris mares: novios iris?

Así dijo el farolero y así le dijo la novia al novio: Ah, te he buscado en los parques, en las esquinas, en los bares.

Te he buscado en las iglesias, en los árboles, en los puentes.

Te he buscado en los trenes, en los rostros que oculta la noche, en los ojos de Pilar que ya no miran, en las mentiras del duende, del único duende que parecía cierto.

Te he buscado en las burlas, en el candado enorme de mi casa, en el tiempo ya sin luz de los muertos, en los muertos posibles de los vivos, en las cenizas más creíbles, en los rumores de una inocencia vaga.

Te he buscado en el dolor y en la esperanza.

Ya sabes, tú nunca hablabas del dolor.

Tal vez porque naciste roca o, simplemente, porque el dolor no se hizo para quienes no aman a Dios ni al prójimo como a sí mismos.

Decías que el dolor es un trago enorme: silencio nunca mar, nunca olvido, nunca rosa en la soledad de los poetas que, como yo, siguen creyendo en el dolor. Perdón, debí decir: tú siempre hablabas del dolor, ¿qué puede hacer un alma roca con el dolor si nunca llora, si nunca entrega, si nunca muere para que los sueños hagan diana, y la felicidad instale tronos en los reinos del poeta, y no sea mi casa un laberinto ni el alma un candado enorme ni los deseos un cuerpo sin memoria?

Hay claveles en mis dedos.

Hay sortijas en el mar.

Hay abismos en el silencio del duende, del único duende que parecía cierto.

Para viajar, mi casa compró un sello de cincuenta dólares, una planilla de cien y un boleto de quinientos.

Sigues delirando me dice como si fuese una casa desconocida.

Ah, si fuese Aladino, amara cuanto quisiera; y no, cuanto dictaminan quienes nunca han amado para extasiarse o maldecir.

Pero mi casa es un candado enorme que apenas gana para una libra, para un racimo de besos como estrellas hiladas por un duende lunar.

Dalias a la novia y pasodobles al novio.

Tan solo importa haber escrito este poema mientras te buscaba.

Lo demás no vale siquiera una palabra.